DAMASO ALONSO, EN OKLAHOMA

El impacto de Dámaso Alonso en las letras españolas de nuestro siglo es algo que damos por sentado —no hay quizás otra figura que haya influido tanto en nuestra manera de ver la tradición literaria española, el lenguaje, la poesía. Baste recordar todos los estudios literarios alonsinos, que nos enseñaron cómo el lenguaje y el estilo de las obras literarias crean experiencias insustituibles para el lector, y nos permitieron acercarnos a las obras de Góngora, de Garcilaso, de Fray Luis. Baste pensar también en los estudios históricos y lingüísticos de don Dámaso, y de las nuevas perspectivas que ofrecen: en su labor de catedrático y de guía de tantos poetas y críticos más jóvenes; y —más importante aún— en su obra poética, que encaminó en nuevas direcciones la poesía española, mostrando cómo la experiencia personal, la protesta, el lenguaje cotidiano y una gran variedad de tonos sí pueden emplearse en la lírica. (No cabe duda que *Hijos de la ira* marca el comienzo de una poesía «desarraigada» en España.) Al recordar la obra tan fecunda de Dámaso Alonso, uno siente detrás de toda ella la figura del autor mismo: su calor humano, su interés en la experiencia personal del lector, su preocupación con la literatura como manera de captar en palabras la visión del hombre. Por eso, precisamente, la crítica y la poesía de don Dámaso nos ha sacudido tanto, nos ha salvado de una actitud mecánica ante la obra literaria.

En vista de la labor realizada por don Dámaso, parecen bien justos los homenajes que se le han rendido —y no extraña el hecho de que se haya celebrado un simposio acerca de su obra en la Universidad de Oklahoma, en los Estados Unidos, en marzo de 1973. Una recapitulación de dicho simposio será útil para subrayar la importancia de la labor y de la obra de Dámaso Alonso. Pero hay además otra razón que me lleva a evocar aquellos días pasados en Oklahoma.

La reunión que voy a describir situó a don Dámaso lejos de su ambiente habitual —de Chamartín, de la Academia, de la Facultad de Filosofía y Letras, del mundo literario español que tan bien le conoce. Lo llevó a un sitio en que muchos de los presentes apenas si lo cono-

cían de nombre, y en que la situación geográfica y cultural separaría —al parecer— al autor del público. Y sin embargo no ocurrió tal separación: la personalidad del homenajeado, su obra, su dedicación a las letras y su visión poética le permitieron influir hondamente en el mundo que le rodeaba, y nos hicieron ver a nosotros, los críticos invitados a tomar parte en el simposio, la verdadera grandeza y la universalidad de Dámaso Alonso.

Antes de evocar el simposio, hay que describir sus orígenes y el ambiente en que se desarrolló. En la Universidad de Oklahoma está radicada la revista *Books Abroad*, que se especializa en reseñar libros de literatura moderna y de crítica literaria de todo el mundo. Desde hace varios años es director de *Books Abroad* el crítico y poeta Ivar Ivask, hombre de extraordinaria percepción y vitalidad, que ha extendido mucho el alcance de la revista. Hábil poeta en su lengua nativa (el estoniano), conocedor de muchas lenguas y literaturas, Ivask es también gran admirador de la poesía española. En 1968 inauguró en Oklahoma una serie de simposios dedicados a autores hispánicos: en 1968 se comentó la obra de Jorge Guillén, en 1969 la de Jorge Luis Borges y en 1971 la de Octavio Paz. En cada caso el autor estudiado pasó dos semanas en Oklahoma dando una serie de conferencias. Luego, en un fin de semana, se invitó a un grupo de críticos a presentar trabajos acerca de su obra. (Estos trabajos se publican más tarde en *Books Abroad*.) (*) De esta manera un autor contemporáneo (un «clásico viviente», en palabras de Ivask) se haría más asequible al alumnado y al público. Al recibir la invitación a tomar parte en el simposio acerca de Dámaso Alonso, recordé con gran placer el que fue dedicado a Guillén, en el cual también tomé parte. Resaltaron en mi mente la hospitalidad de Ivar Ivask y de su esposa Astrid —poetisa letona—; las discusiones, a menudo iniciadas por los Ivask, acerca de las letras contemporáneas; los excelentes trabajos de Concha Zardoya, Ricardo Gullón, Biruté Ciplijauskaité, Joaquín Casalduero y Willis Barnstone; la lectura de su poesía por parte de Guillén; y la presentación (en perfecto castellano) por parte de Ivask, así como su agudo comentario a *Homenaje* —libro guilleniano que acababa de publicarse. Anhelando también volver a ver a don Dámaso y poder felicitarle, acepté gustosamente la invitación.

Nada más diferente de Madrid, a primera vista, que la ciudad de Norman en Oklahoma, el sitio de la universidad. Ciudad provinciana

---

(*) *Books Abroad* se imprime en la excelente prensa universitaria de Oklahoma, que también ha publicado en forma de libro los homenajes a Guillén, Paz y Borges. El homenaje a don Dámaso aparecerá en la revista en la primavera de 1974. También vale mencionar que *Books Abroad* patrocina un premio literario de 10.000 dólares, otorgado últimamente a Gabriel García Márquez, que ha traído prestigio literario a la revista y a la Universidad.

de unos 60.000 habitantes, situada a 15 kilómetros de la más grande Oklahoma City y a cientos o miles de kilómetros de las ciudades más importantes de los Estados Unidos, Norman parece distinguirse por sus anchas calles, sus estaciones gasolineras, su profusión de pequeñas casitas, y sus grandes dormitorios estudiantiles llenos de chicos y chicas saludables. (La universidad tiene unos 20.000 alumnos, la mayor parte de ellos de familias radicadas en el mismo estado de Oklahoma.) El departamento de lenguas modernas ofrece un doctorado en literatura hispánica; su jefe es Lowell Dunham, una persona muy culta, autor de un buen libro acerca de Rómulo Gallegos y de otros estudios. Los alumnos graduados del departamento crean la impresión de gran entusiasmo y de sólida preparación, aunque también parecen un poco ingenuos —están después de todo muy lejos de la cultura que estudian, en medio de un estado agricultor y petrolero. Dámaso Alonso era para ellos un «autor famoso», lejano, raro —¿cómo reaccionarían a su presencia?—. Y don Dámaso, ¿cómo se las arreglaría en este pueblo extraño? Yo ya le había llamado por teléfono, unos días antes del simposio, cuando él estaba en Norman dando conferencias; era evidente que el pueblo, las distancias (había que ir en coche a todas partes) y las costumbres lo tenían un poco desorientado.

El simposio empezaría el viernes 16 de marzo; la mayoría de los participantes llegamos el jueves por la tarde, y todos nos alojamos en una especie de hotel que la universidad tenía para conferenciantes y visitantes. Nos reunimos por primera vez el jueves por la noche, en casa de los Ivask: el poeta Germán Bleiberg, amigo de Dámaso desde hace años y comentarista agudo de su obra; Miguel Flys, alumno de Dámaso en Madrid y autor de un excelente y sustancioso libro acerca de su poesía, que vino con su esposa, también profesora y ex alumna del homenajeado; Alberto Porqueras Mayo, crítico muy hábil y también alumno suyo; Elías Rivers, conocido especialista en la literatura del Siglo de Oro, estudiante de Dámaso en Yale, traductor y comentarista de *Hijos de la ira*; la inteligente y amable Graciela Palau de Nemes, autora de un buen libro acerca de Juan Ramón; los conocidos críticos Antonio Sánchez Barbudo y Juan Luis Alborg; los profesores José Schraibman y Patrick Dust, de la Universidad Washington, en Saint Louis. Más tarde llegarían a Norman los profesores Gonzalo Sobejano y Philip Silver (aquél con su esposa).

La reunión inicial de un simposio suele ser algo formal. Nada de eso, sin embargo, ocurrió aquella noche. La hospitalidad de los Ivask, su interés en las letras, y la magnífica biblioteca que nos rodeaba por todas partes contribuyeron a crear un ambiente propicio. Pero el que más creó la atmósfuera fue el mismo don Dámaso. Recor-

dando detalles de su vida y de su obra, relacionando acontecimientos vitales con asuntos literarios, preguntando a los concurrentes acerca de sus labores críticas y docentes, nos hizo a todos sentirnos parte de un solo mundo literario y humano, en el que se integraban nuestras personalidades, nuestra labor y nuestra tradición cultural. Aun después de volver al hotel nos quedamos hablando con don Dámaso; éste se interesaba en nuestras situaciones y se afanaba en conocer nuestras ideas. (Casi nos olvidamos de que estábamos en un estéril salón de hotel y no en un café madrileño. ¡Si sólo hubiera algo de beber ...!).

La mañana siguiente empiezan las conferencias. Alumnos del departamento llevan a los participantes en coche a la unión estudiantil, donde se celebra el simposio. (Siendo yo el único que vino en coche a Oklahoma, invito a algunos a ir conmigo. En las idas y vueltas de estos días llego a conocer mejor a Alborg y a Porqueras; ambos son magníficas personas.) Abre la sesión Ivask; después nos saluda el presidente de la universidad, Paul Sharp. Con sencillez, describe la importancia de la labor universitaria y las dificultades económicas en que se encuentra, recordándonos las circunstancias en que trabajamos. Luego Elías Rivers presenta la primera ponencia: empieza con un bosquejo muy preciso de la obra de Dámaso Alonso, y después pasa a comentar su poesía. Evocando un contraste entre las maneras en que Góngora crea una realidad artística y Quevedo forja poéticamente su visión, sitúa a Dámaso entre los dos y aclara la vitalidad y el sentido artístico de sus poemas. Le sigue Silver, que combina procedimientos formalistas y un comentario del fondo social para revelar perspicazmente cómo *Hijos de la ira* refleja a su autor y su época. Después de algunas preguntas se cierra la sesión y volvemos al hotel a almorzar. Allí nos encontramos con don Dámaso, que por consejo de algunos de los organizadores se había ausentado de la sesión. Es evidente que no está contento; quisiera haber asistido, y quiere asistir a las conferencias siguientes ... ¡casi nos pide que le obliguemos a ir! Decide hacerlo, y sólo le preocupa que Rivers y Silver tengan a mal su ausencia de la mañana; se disculpa repetidamente con ellos.

Cuando volvemos a la unión después del almuerzo, don Dámaso está con nosotros. Los alumnos lo notan; su presencia hace más «real» el tema. Más tarde, don Dámaso hace comentarios después de algunas ponencias, felicita a los participantes, y nos hace sentir a todos su vitalidad, su cortesía, su modestia. Los alumnos están escuchando mejor.

Antonio Sánchez Barbudo empieza la sesión de la tarde con un examen de la obra crítica alonsina; enfoca *Poesía española* y los co-

nocimientos del lector, del crítico y del crítico estilístico que allí se presentan. Su clara exposición y su don de subrayar lo importante me recuerdan el excelente curso que tomé con don Antonio hace años, del que tanto aprendí. El trabajo siguiente lo presenta la profesora Palau de Nemes, hablando del «espacio y el vacío en la poesía de Dámaso Alonso». Examina ciertas imágenes claves a lo largo de esta poesía, y demuestra conclusivamente la presencia dentro de ella de una constante búsqueda de la elevación y del ideal poético. Su excelente y bien presentado trabajo anima a los estudiantes y les permite relacionar al autor que han conocido con el poeta que se les describe.

Después de cenar (temprano, a la americana) vamos a una recepción organizada por el departamento de lenguas modernas. Allí hablo con el profesor James Abbott, que enseña literatura contemporánea; se ve que es un buen profesor, atento al desarrollo de sus alumnos. Conversamos con algunos de ellos. Es evidente que en sus conferencias y sus contactos con los estudiantes, don Dámaso se los había ganado; su personalidad tan vital, sus ideas y su dedicación a las letras habían influido profundamente en ellos. Termina la reunión, volvemos al hotel, y se forma una tertulia en la habitación de los Flys. Se sigue hablando de Madrid, de lo que estamos escribiendo, de nuestros alumnos. Las actividades del día y ante todo la actitud de don Dámaso me han hecho añorar un contacto más personal con el mundo de las letras españolas.

Al día siguiente tenemos un programa todavía más activo. Por la mañana Porqueras habla muy bien de la crítica alonsina, y demuestra cómo ésta introduce nuevos conceptos y nuevos métodos a la crítica moderna y cómo se liga con la «nueva crítica» inglesa y americana (define muy bien Porqueras los principios que laten por debajo de los detalles de la obra de don Dámaso). Yo comento la manera en que Alonso emplea procedimientos satíricos y crea monólogos dramáticos en su poesía. No puedo dejar de notar una relación entre lo que he hallado en la obra y la actuación de su autor; en ambos se nota una enorme sensibilidad ante los matices de la experiencia humana, y una habilidad extraordinaria de captar y expresar estos matices mediante el tono y la palabra.

Por la tarde Alborg relaciona la crítica de don Dámaso con otras escuelas y tradiciones de nuestro siglo y Sobejano habla, penetrantemente, acerca del «estilo interpretativo» del autor. (El pobre Alborg, ya nervioso para empezar, se ha puesto doblemente nervioso cuando llegué tarde a recogerlo antes de la conferencia; acaba presentando su denso e impresionante trabajo con gran rapidez, echándome de vez en cuando miradas agresivas.) También por la tarde se celebra

una mesa redonda, en la que invitan a don Dámaso a participar (los otros miembros son Rivers, Bleiberg, Flys y Dust). Rivers ofrece un admirable resumen de las sesiones anteriores y los otros hacen comentarios perspicaces. Pero es el mismo don Dámaso el que más se destaca. Hablando con modestia y con humor, nos hace sentir cómo la «obra» que se ha estado discutiendo era el resultado de un esfuerzo constante, tenaz, idealista y muy humano de penetrar en la realidad por medio del lenguaje y de expresar verbalmente intuiciones vitales.

El simposio va llegando a su fin. Se leen varios mensajes congratulatorios, que incluyen un generoso y bello telegrama de Jorge Guillén. Se celebra una cena en la que hablan el profesor Abbott, el profesor James Artman (miembro del departamento de lenguas y también alcalde de Norman) e Ivar Ivask. Se le dan las gracias a la señora de Puterbaugh, cuya fundación ha patrocinado el simposio. Don Antonio Sánchez Barbudo da las gracias a todos en nombre nuestro. Se le ofrece a don Dámaso la llave de la ciudad y una caja de piedrecitas en forma de rosas que «florecen», gracias a no sé qué fenómeno geológico, en esta parte de Oklahoma. Luego toma la palabra don Dámaso, y lo que hasta entonces había sido una ocasión formal, se «humaniza». El homenajeado da las gracias a todos, pregunta insistentemente acerca del origen de las piedras-rosas, comenta episodios de su estancia, tiene palabras de afecto para todos.

Termina el simposio con un recital de poesía por parte de don Dámaso. Este lee «Los insectos» en castellano; Ivask lee muy bien la traducción al inglés de Rivers. Don Dámaso sigue leyendo otros poemas, y evoca (en inglés) los detalles anecdóticos en que se basaron. Nos hace sentir, por una parte, cómo el proceso poético arranca de experiencias humanas; y, por otra, cómo requiere una extraordinaria conciencia del poder de la palabra, y un deseo de emplear la palabra para comunicar y transformar el asunto tratado. (Estoy sentado detrás de algunos estudiantes que parecen ser de otros departamentos —no hablan castellano muy bien. Al principio parecen un poco sorprendidos cuando don Dámaso cita y comenta un poema humorístico y lo liga con un episodio cotidiano. Alguien les habría enseñado, tal vez, que la poesía es «cosa seria». Pero poco a poco se van interesando, entrando en el espíritu de los poemas, viendo cómo éstos vierten experiencias humanas en lenguaje expresivo, dándoles mayor realidad. Gracias a Dámaso Alonso, están descubriendo el valor de la poesía.)

Oyendo recitar a don Dámaso me doy cuenta más que nunca de su aportación a la lírica española. Es casi lugar común decir que *Hijos de la ira* hace entrar el lenguaje cotidiano en la poesía. Ahora,

viendo cómo los poemas de Dámaso impresionan a un grupo de jóvenes norteamericanos que probablemente rara vez leen poesía, veo probada la importancia de su aportación. Gracias a estos poemas y al entusiasmo del autor, la poesía ya no será para estos alumnos un lenguaje irreal.

Nos despedimos la mañana siguiente, en medio de mucha confusión: don Dámaso no logra meter todas sus cosas en la maleta y Flys se encarga de rehacerla, sistemáticamente. En el último momento recuerdo una fotografía de mi familia que (por encargo de mi mujer) tengo que dar a don Dámaso; hay que abrir de nuevo la maleta. En medio de todo esto don Dámaso sólo se preocupa de nosotros, dando las gracias a uno, felicitando a otro, invitándonos a visitarle en Madrid. Finalmente parte para el aeropuerto.

Vuelvo a Kansas en mi coche —un viaje de siete horas, por la planicie de Oklahoma y Kansas, con paradas en estaciones gasolineras y cafeterías estériles, uniformes. Ya siento la pérdida del ambiente creado en Oklahoma. He disfrutado, desde luego, del contacto con los colegas y del intercambio de ideas. Pero más que otra cosa siento la pérdida de este ambiente humano, de este sentir que la literatura se compenetra con la personalidad de cada uno de nosotros y con los episodios de la vida. De este ambiente que surgió en una remota parte de los Estados Unidos gracias a la presencia, a la actitud y a la obra de Dámaso Alonso.

ANDREW P. DEBICKI

Department of Spanish & Portuguese
University of Kansas
LAWRENCE, Kansas 66044. USA